



MARIANO CAVIA

Si la enfermedad nerviosa que, según dijeron los periódicos, puso en peligro ha poco la vida de Mariano Cavia, hubiese acabado con él, de seguro toda la prensa, con excepción acaso de *El Siglo Futuro* y de *La Unión*, hubiera consagrado sendos artículos á la memoria del valiente redactor de *El Liberal*; y allí sería de ver lo mucho que el difunto valía y cuánto íbamos perdiendo. Cada biógrafo, ó mejor, necrólogo, si vale decirlo así, haría alarde de haber descubierto un talento recóndito en el finado, y tacharía al ingrato mundo por su indiferencia criminal, que dejaba al ingenio florido yacer oscuro, hasta que lo iluminaban breves instantes con luz siniestra los fuegos fatuos de la muerte. Y si no todos los biógrafos iban tan lejos en sus metáforas, me atrevo á asegurar que, sin faltar uno, habían de alabarse cuantos escribieran de haber reparado una injusticia social con aquellas cortas líneas.

¡Quién sabe! Acaso algún señor de la comisión, de

esos que están dispuestos á ser secretarios del *Sursum corda*, si á mano viene, y parte integrante de cualquier mesa simbólica, hubiese propuesto celebrar, si no un centenario, una velada literaria en honor del muerto. Y como la idea, aparte de la intención del *comisionero*, que sería la de darse tono, era excelente, muy justa, tendríamos de fijo velada literaria, y el retrato de Cavia, bien ó mal pintado, presidiría la fúnebre ceremonia bajo dosel y rodeado con una mantilla sin casco, á guisa de crespón.

Pero no se ha muerto Cavia; la salud vulgar vuelve á apoderarse de su organismo, y con el oleaje de la vida vuelven también las olas de la indiferencia. Un periodista que se restituye al mundo, que dentro de poco se entregará al trabajo, no es lo que necesita la pública curiosidad. Si quiere que se hable de él, que se muera y verá...

No, no vería: esto es lo triste. Los elogios que se consagran á los difuntos, deben consagrarse á los vivos por una razón sencillísima: los muertos no oyen, ni ven, ni entienden. Si los elogios son injustos, ni al vivo ni al muerto; pero si son merecidos, al vivo, siempre al vivo.

Yo, guiándome por este criterio, voy á decir de Mariano Cavia, redivivo, lo mismo que hubiera dicho, *mutatis mutandis*, si la enfermedad nos le hubiese arrebatado.

Si cuando los médicos le permitan leer periódicos pasa la vista por este artículo, hágase cuenta que se

trata de un difunto, que es él, el cual goza el privilegio de escuchar por las rendijas de la sepultura lo que murmuran los vivos.

O recuerdo mal, ó le conocí en la cervecería Suiza, si no fué en la Escocesa; no sé cómo ni cuándo, á punto fijo, nos hicimos amigos, ni si me fué ó le fuí presentado ó no. Yo llevaba escribiendo en los periódicos algunos años, y él lo sabía y hasta recordaba de memoria algunas frases de mis artículos; y ¡pásmense ustedes! un soneto que en parte era mío. ¿Por qué me halagaba bastante que Cavia concediese este honor á mis papeles? Por orgullo, ó no sé por qué, los elogios y la consideración de un cualquiera siempre me han sabido á nada; el *vulgo* sólo en *masa* halaga la vanidad; un quídam que entra en la librería y compra un libro mío, es una parte integrante de ese público, por el cual lo hacemos todo ó casi todo; pero si ese mismo sujeto me conoce, y me habla del libro y me lo celebra con razones de quídam, me deja frío. En cambio, la alabanza directa del prudente, del hombre de gusto, de criterio... ¿por qué negarlo? sabe á gloria. En rigor, para éstos se trabaja lo más refinado, lo que uno quiere que sea exquisito.

Cuando Cavia comenzó á mostrar, con el cuidado y delicadeza con que tiene que hacer estas cosas un hombre digno y de buen trato, que mis humildes artículos le merecían atención, ya había yo observado en aquel

muchacho, pálido, de facciones correctas, delicadas y algo frías, los rasgos característicos de la originalidad y el talento; ya hacía tiempo que en nuestras conversaciones, no sólo le oía, sino que le escuchaba, lo cual no es lo mismo; se oye á todos, pero se atiende á pocos.

Así fué que sus insinuaciones de simpatía hacia mis pobres escritos me supieron á miel desde el primer día...

Si hablo tanto de mí, es porque creo que en toda semblanza ó biografía, y en general cuando un hombre ha de juzgar á otro por cualquier concepto, el explicar las relaciones que entre ambos hubo, si las hubo, sirve mucho para que el público, juez de todos, pueda pesar la justicia de lo que dice quien alaba ó censura.

¡Cuánto dieran los historiadores porque en las crónicas de los grandes de la tierra los autores comenzasen diciendo: este fué mi enemigo, ó á éste le debo el pan que como...!

Mariano Cavia era de Aragón, había estudiado en Zaragoza, había estado fuera de España algún tiempo, y ahora escribía en *El Liberal*.

No sabía yo entonces de él más que esto.

De entonces acá, no ha hecho Cavia más que otro tanto: seguir siendo aragonés y escribiendo en *El Liberal*.

Por *El Liberal*, periódico de mucha circulación, no han pasado muchos redactores, á pesar de que, como

es natural, las plazas de aquella Redacción son codiciadas. Por lo visto, allí saben escoger, y después conservar. Cavia desde muy pronto comenzó á distinguirse entre los nuevos, y á tener todas las consideraciones que merecían los veteranos. Era lo que aquel periódico necesitaba; un periodista que tenía dentro un literato; un literato que quería, por lo pronto, ser periodista.

Tengo entendido que la sección de los sueltos políticos hace algunos años que es incumbencia de Cavia. En nuestra prensa política, esta guerra de guerrilleros es la más interesante; ese tiroteo diario de periódico á periódico, de partido á partido, es un elemento original de nuestros papeles.

Algunos censuran esta costumbre, porque dicen que no la usan los grandes periódicos extranjeros, y que á éstos se debe imitar. La razón no es concluyente. Otros desprecian tales escaramuzas, porque dan aspecto de provincialismo y hasta de casa de vecindad á la prensa de la corte. No hay duda que los tales sueltos políticos tienen sus inconvenientes; que hay quien abusa de ellos; pero no se les puede negar el carácter de fruto espontáneo de nuestro temperamento, ni el ser natural resultado de nuestra vida política. Sea como quiera, hace mucho tiempo que estas gacetillas de primera plana son las que dan y quitan fama á los periódicos (aunque es claro que en la *tirada* influyen otros elementos más todavía; por ejemplo, las noticias); recuérdese si no los tiempos en que la *Miscelánea* de *El Im-*

parcial era modelo del género, repertorio de chistes, almacén de sales y ocupación constante de la atención de muchos lectores y de muchas redacciones.

El Liberal, al separarse de *El Imparcial*, emprendía una campaña de emulación; se trataba de conquistarle la venta; para esto se necesitaban grandes esfuerzos de ingenio y habilidad, y se hicieron: mas por fenómeno feliz, el uno ganó lo que merecía sin que el otro perdiera nada. El público, en vez de dejar á *El Imparcial* ó desdeñar á *El Liberal*... leyó los dos periódicos.

Cavia, desde hace algunos años, es el encargado de mantener firme el crédito de su periódico desde uno de los puestos más importantes: el de los sueltos.

Digo mal, Cavia pelea en dos sitios á la vez: en la sección de sueltos políticos y en la de cuernos nacionales; él es, como sabe el mundo entero, *Sobaquillo*, rival de *Sentimientos*, como *Frascuero* del maestro *Lagartijo*.

En rigor, el derecho de votar sólo se gana cuando se sabe lo que se quiere que sea la cosa pública; es decir, cuando se es político. El indiferente que vota y en todo el año no vuelve á acordarse de la suerte de su país, abusa de un derecho... Bueno; pero todas estas puras idealidades no sirven aquí más que para separarme de mi asunto. Cavia no medró, hasta ahora, en la prensa á pesar de haberse distinguido mucho hace ya

años. No medró por eso, porque no era el periodista político, sino el periodista literario; es decir, iba á escribir en los papeles públicos porque tenía algo que expresar, porque encontraba en la pluma su vocación y en su cuerpo el conjunto de necesidades que tanto preocupan á los economistas y á los que no son ricos por su casa. Se podrá decir: «Es que Cavia es republicano, y como todavía no han mandado los suyos...» (1)

Que Cavia es más literato que político, se conoce hasta en sus párrafos de política. Están todos llenos de alusiones á mil cosas que muchos diputados no entienden; hay en ellos, al lado de la malicia, del ingenio, cierta inocencia de la pureza ideal. A veces hacen más daño las frases amazacotadas y de cajón de sastre de un jornalero de burdo periódico conservador ó mestizo, que los epigramas filigranados de Cavia. La intención más honda de éste, es lucir el ingenio; no aborrece, ni tiene por qué, al enemigo; á lo sumo, le desprecia. En cambio el otro, el anónimo, á fuerza de insignificante, que para mayor oscuridad y más seguro incógnito no tiene asomo de estilo que pudiera hacer traición al disfraz, ése, sin necesidad de gramática ni de retórica, sabe calumniar á tiempo, herir al caído, adular al poderoso. ¡Adular! ¿Cuándo supo Cavia eso?

Ni alabar siquiera apenas. Buscará frase limpia, giro

(1) Este artículo se publicó en un periódico ministerial. No sé por qué, al llegar aquí, suprimió no sé quién un párrafo, que no recuerdo lo que decía; pero que falta algo es evidente.

noble, forma nueva, voz exacta, discreto elogio... ¡tiempo perdido! El *otro* vapulea el diccionario de las alabanzas, *La Correspondencia*, ese Rengifo de los superlativos encomiásticos, que tiene consonantes para toda clase de vanidades, y de allí hace caer lluvia de palabras, gordas todas, apestando á incienso, y en lenguaje tosco, vulgar, macarrónico, pedestre, como quiera, alaba y más alaba, seguro de que al paladar más delicado le sabe á cielo la lisonja, aunque venga envuelta en la más indigesta prosa.

Si Cavia sigue así, gastando el ingenio en hacer la frase del día, en escribir novelas de costumbres políticas que nadie le agradece, verá pasar sobre su cabeza generaciones de muchachos listos, despabilados, constelaciones que giran alrededor de un gran astro invisible, pero que ellos huelen; verá cómo suben docenas de jóvenes que suelen distinguirse por no saber escribir, y por aparentar bien que saben hablar.

Pero que no le pese. Sea él todo lo político que tiene obligación de ser un ciudadano, pero nada más; no sueñe con carteras ni con acta de diputado, y en cuanto buenamente pueda, sin ser ingrato ni imprudente, emancpese del periodismo anónimo, sea él quien es, firme lo que escriba, hable de política si quiere, á su modo, pero no principalmente, sino entre otras muchas cosas, y conceda atención especial á las letras, para las cuales yo creo que ha nacido.

Y si cuando esto haga sigue escribiendo en *El Liberal*... empleése en aprovechar para la literatura verdadera la influencia que su popularidad tiene asegurada á ese periódico.

Si *El Imparcial* y *El Liberal* y *La Correspondencia* (*ægrí somnia!*) quisieran (como quieren otros periódicos, aunque pocos) trabajar por el buen gusto, por la justa fama, por la disciplina literaria, mucho podría adelantar la cultura de este país, que va flaqueando hasta por la imaginación; facultad que, dada su naturaleza, era la que más fácilmente podríamos mantener sin decadencia.

Por ahora no piense en nada Mariano Cavia; cúdense mucho, aborrezca la lectura; pero cuando ya esté repuesto, los nervios quietos, la sangre en su equilibrio, la salud reconquistada, vuelva al combate como yo le digo: diciendo siempre quién es el que escribe aquello, y diciendo todo lo que quiera decir, hablando bien de los libros que le parezcan buenos, despreciando los fueros falsos de envidias ajenas, y trabajando en la *obra pía* de mantener al mérito en su sitio, en lo alto, y á la necedad en el suyo, por los suelos. Y concluyo con Cicerón: *Si vales, bene est; ego valeo.*



TEMPORADA TEATRAL

Yo no he de verlo; pero, según parece, este año van á tener ustedes en Madrid un renacimiento dramático; por lo menos así lo anuncian algunos periódicos. Dios los oiga.

Comienzan á abrirse los teatros más ó menos extrañados, y en la gacetilla sonora y rimbombante ya repercuten, como el beso dado en Cantón de que habla el poeta, los nombres brillantes y expresivos de cien Fernández y mil González de uno ó de otro sexo, bien colocados y ordenados en jerarquía alfabética, para evitar las disputas y puñadas á que una noble y legítima emulación pudiera arrojar, si faltara ese rasero con que el abecedario mide á chicos y grandes.

Y así, á la manera que en el Diccionario el abadejo marcha á la cabeza de todos los pescados, sin consentir que otro alguno le ponga las agallas delante, y esto no porque él, el abadejo, se crea superior al salmón, ni aun á la trucha, sino por motivos lexicográficos, digo

que del propio modo en las listas de la compañía vemos al Sr. Alvarez y Alvarez, y aun á Fernández y Fernández delante de Vico y Zamacois, á pesar de ser estos últimos actores mucho más salmónes y más fáciles de digerir que aquéllos.

Esos Alvarez y esos Benítez, y esos Fernández y esos Gómez, que vienen no se sabe de dónde, tal vez de un país desconocido que cría exclusivamente cómicos malos, son ahora pésimos intérpretes de las joyas de nuestro genio dramático nacional: lo reconozco; pero dejen ustedes que pasen días, y semanas, y meses, y ya verán cómo de bombo en bombo, de quintilla en quintilla, nuestros críticos con casa puesta los van puliendo y perfeccionando, hasta que el año que viene tenemos ya que los conocidísimos Gómez y González son eminencias en el arte de Roscio y de Donato Jiménez.

Y digo que, como este año leo en las mencionadas *listas de la compañía* tanto apellido vulgar, de esos que no dicen nada, de la tribu de los terminados en *ez*, me prometo una copiosa cosecha de notabilidades mímicas allá para el invierno, á poco que la crítica benévola arrime el hombro.

Y sí lo arrimará, porque siempre lo ha arrimado, sin reparar que el poner puntales á las reputaciones ilegítimas es tanto como minar los cimientos del arte.

Y dejando estas metáforas de mampostería, sostengo

que no hay cosa más blanda de entrañas que la tal crítica, que se pasa la vida compadeciendo á quien no lo merece.

Así han dado los empresarios en dirigir manifiestos al país pidiendo indulgencia plenaria para los malos cuadros de cómicos que ofrecen al indulgente público.

Día llegará en que, al salir de la degollación de cualquier drama inocente, se le ocurra exclamar á un gacettillero disfrazado de Janín ó de Larra:

—Señores... perdón para los actores... ¡los infelices... son huérfanos! ¡todos huérfanos!

No sólo son los cómicos impresentables los que progresan poco á poco y llegan á eminencias sin moverse de su sitio, ó sea de su prístina mala naturaleza, sino que también los teatros, sin salir de sus callejones y callejuelas, se van empigorotando y adquiriendo renombre, hasta poder tutearse con el Español y con el Real.

De tal manera va esto, es decir, tan en forma de campana, ó sea *boca abajo* (véase el Diccionario de la Academia y el último artículo de M. Escalada), y tan benévolos van siendo algunos críticos, entre ellos mi querido amigo Bofill, que no desespero, como dicen algunos, de ver en cualquiera periódico serio un concienzudo análisis del estreno de una paliza en el teatro

Guñol; análisis en el que se discuta la verosimilitud de los escobazos que se pegan los personajes de palo, y si está bien ó mal sostenido el carácter de aquellos muñecos.

Confesemos que vamos demasiado de prisa.

No diré á dónde, pero demasiado de prisa.

—

Por lo demás, es claro que, en punto á protección del teatro, aquí sigue no habiendo más gobierno que Ducazcal.

Pero tampoco es oscuro que, por mucho que valga ese señor como empresario, él solo no puede compararse á todo un Estado.

Una de las cosas mejores que tiene que conservar España, es su teatro. Entre todos los teatros habidos (no digo por haber), sólo estos dos, el antiguo griego y el inglés del Renacimiento, pueden competir con el nuestro; pregunten ustedes por ahí fuera, y los que entienden de estas cosas les dirán: ¡Oh! El teatro español de Lope y Calderón, de Tirso y Rojas, de Alarcón y Moreto... ¡cosa buena!

Y sí lo es; lo es de verdad, no hay más que leerlo, es cosa superior; no porque lo digan los eruditos, ni siquiera porque lo afirme Cánovas, sino porque Dios quiere que sea así, que tengamos esa reliquia preciosa entre tantas lacerías tradicionales. Pues bueno: ¿tanto

nos rebajaríamos consagrando á la conservación del genuino teatro español la mitad del celo y actividad (vulgo dinero) que dedicamos á los toros?

Un teatro no se conserva haciendo ediciones pobres de sus obras, con prólogos de Cañete y de D. Aureliano. Un teatro, por mucho que valga, se apolilla si no se le saca al aire. *La vida es sueño*, *El Alcalde de Zalamea*, *La verdad sospechosa*, *El rico home de Alcalá*, *La prudencia en la mujer*, etc., etc., etc., son seres vivos, inmortales, ya lo sé; pero si los tenéis metidos entre papeles, palidecen, se les entorpecen las coyunturas, allí apretadas y encogidas; sacadlos al teatro, como Dios manda, dejadlos estirarse, bracear, andar y vociferar... y ya veréis cómo esos gigantes vuelven á ser lo mismo que fueron... y serán siempre que se les exponga al libre ambiente.

Representar bien, lo que se llama bien, nuestro gran teatro, es empresa superior á los elementos de nuestra escena actual... Tampoco lo ignoro.

Con unos cómicos que piensan que la característica del arte romántico arqueológico es la percalina encarnada en sus relaciones con el canto llano, no se puede ir á ninguna parte; concedido.

Pero, señores, algo sería empezar.

Empezar á sembrar lo que pudiera llegar á ser crítica ilustrada de veras, público inteligente y entusiástico, Gobierno protector en serio del arte seriamente nacional, y actores que supieran la suficiente anatomía

para poder encontrarse la mano derecha en caso de necesidad.

Pudiéramos empezar, v. gr., creando la ópera nacional. ¿Cómo? Con dinero.

Y una vez creada esa ópera y convencidos de que era mala mediante una transferencia que no diese ocasión á dicharachos, por supuesto, emplear todos los cuartos en Calderón, Lope, Tirso, etc., que son los mejores músicos que hemos tenido y que tendremos probablemente (1).

Y si no basta con esa transferencia, podríamos hacer que todos esos Alvarez Benitez, Fernández, Gómez y Jiménez que llenan los teatros, expuestos á ser eminencias el día de mañana, volvieran á ese país desconocido de donde los supongo oriundos, á trabajar la tierra, explotar los *veneros* de riqueza que encierra, sudando noche y día, y aplicar el producto de todas esas faenas á la creación del teatro nacional.

Y créanme ustedes á mí; si no se hace esto que yo digo, ó cosa parecida, podrán ir saliendo Talmas y Maiquez de los rincones, podrán convertirse en Vicos y Calvos todos los González y Rodríguez nuevos, pero no parecerá la capa.

(1) Esta broma inocente ha dado motivo para una alusión, y después para un artículo muy cortés y halagüeño para mí, del maestro Bretón. Más adelante, si no me han cambiado los papeles, se encontrará mi réplica á la alusión del notable compositor.



LUIS TABOADA ⁽¹⁾

ESTOY seguro de que si á Linares Rivas le preguntan:

—¿Quién vale más, Luis Taboada ó usted?

Contesta el Sr. Linares Rivas, ó Ripas, como quiera Cheste que se diga:

—¡Yo, hombre, yo!

Y tuerce el gesto con desdén, y sonrte con desdén, y da media vuelta y se va con desdén.

Pues ya no hay tal cosa, Sr. Linares, no hay tal cosa; vale más, pero mucho más, Taboada.

Los dos son gallegos; pero ya se sabe que hay gallegos y gallegos.

Cuando un gallego se propone ser hombre de importancia, no hay quien le ataje. A esta clase de suevos pertenece el Sr. Linares. De éstos, unos vienen á Madrid decididos á cargar con una cartera, y otros á cargar con una cuba, según sus posibles; pero todos á cargar con algo y sacar de ello todo el provecho que se pueda.

(1) De una colección de semblanzas titulada *Vivos y muertos*, que publicaré, Dios y el editor mediante, el año próximo.